

Evocaciones de Lisboa

JOSÉ CARDOSO PIRES

Fotografía de Carlos Gómez

Como la Praga de Kafka o el Buenos Aires de Borges, Lisboa es todo un símbolo. Luminosa y enigmática, la Ciudad Blanca aparece, bajo la evocadora mirada de Cardoso Pires, cual cortejo lleno de tesoros. LATERAL ofrece a sus lectores un adelanto de *Lisboa. Diario de a bordo* (Alianza), un viaje por la geografía lisboeta.

Apenas amanece, te me apareces posada sobre el Tajo como una ciudad que navega. Es natural: cada vez que me encuentro en Lisboa desde las que creo abarcar el mundo desde la cima de un mirador o sentado en un banco, te veo ciudad-nave, barca con jardines por dentro, y hasta la brisa que corre me sabe a sal. Hay olas de mar dibujadas en tus calzadas; hay sirenas. El combés, en ancha proa, es una rosa de los vientos bordada en el pavimento, está gobernado por dos corrientes surgidas de las aguas, que monjean de honor a la partida hacia los cerros. Parecen flanquear la proa o ésa la impresión que dan; detrás, a pocos metros un rey-niño sobre un caballo verde saltando a través de ellas hacia el otro lado de la Tierra y a sus pies se ven nombres de navegantes y fechas de descubrimientos inscritos en basalto sobre la plaza que mira por el sol. Enfrente corre el río hacia los cerros meridianos del paraíso. Es el Tajo que cronistas alucinados pueblan de tritones que cabalgan sobre delfines.

Las vistas de la ciudad

pero esto no es sólo luz y río, como los cerros: No es sólo geografía, revelaciones o memorias, ni el vacío palabrerío de los manuales y de los oradores fracasados. Hay voces y olores reconocibles y sabores, claro que sí: el del pescado en sal que se vende en las tiendas de la *Rua do Alentejo*, sin ir más lejos; el del mar, a ciertos días, en los muelles del Tajo; el de las flores de verano en los jardines de *A Moura*, el de los almacenes de aparejos marítimos entre *Santos* y el *Cais do Sodré*; el del pescado asado a la parrilla a la puerta de las tasacas en un rincón o traviesa, desde *Alto* a *Carnide*; y, en el invierno, el del humeante de las casas calentándose en los hornillos de los vendedores ambulantes. Sobre todo está la voz y el humor, el

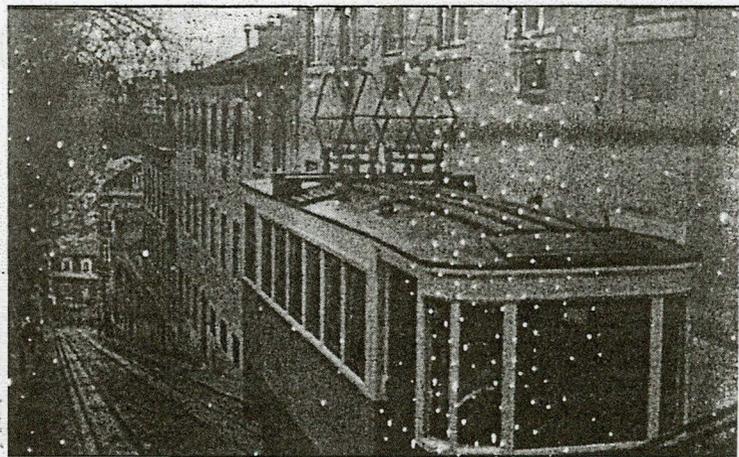
tono y la sintaxis, todo lo que tú guardas, ciudad, en lo más íntimo. Por supuesto, hablo de ese vocabulario imaginativo y esa construcción de la frase que por sí solos se hacen ironía. Oh sí, una ironía tan aguda y secreta que puede estar presente en el elogio burlón y en la provocación de un mal presagio, como la jerga en la constante mutación de cada barrio.

Eso y el gesto y el diálogo peculiares son registros inconfundibles del espíritu local, algo que está por encima de aquella visión instantánea por la que John dos Passos llamó a Lisboa "una nostalgia dormida", y Saint-Exupéry un "paraíso claro y triste" y no sé cuántos patriarcas más del buen hacer literario la distinguieron con otros exabruptos del mismo tenor.

Por todo eso, ante esta panorámica del *Castelo de São Jorge*, me siento distante, casi ajeno. Tal vez sea porque desde aquí no te oigo, ciudad. Porque no capto tus intenciones ni te huelo. Porque no me entero de hacia dónde va tu mirada. En una palabra, porque me falta la complicidad, y si no existe la complicidad con las imágenes, con los saberes, los gustos y los defectos de un mundo tan particular como el tuyo es imposible aprender a vivirlo. Mal o bien, aquí estoy intentándolo. Para llegar a ese entendimiento me he puesto a recordar infancias de barrio; he vuelto a visitar lugares; te lo he dicho y contradicho, Lisboa, siempre con amor sufrido. Disculpa, entonces, alguna palabra inconveniente. Tolera mis modales y procura olvidarlos, que yo, casualmente, incluso soy de Arroios.

De Arroios, sí, de Arroios

y más concretamente, de la "lisboñísima" parroquia de *São Jorge*, 4º distrito fiscal y, más concretamente, de una ventana de la infancia que da a una iglesia que ya no está y a una plaza con dóciles palomas dando saltitos sobre borrachos adormilados.



Soy de ahí, de esa plaza y de esa ventana, para que lo sepas. Un poco detrás (en una habitación de la *Travessa das Freiras*, según las biografías oficiales) el novelista Camilo, muy dado a amores escandalosos, practicó su erotismo norteño con doña Ana Plácido; más abajo, al final de la *Rua de Arroios*, se encontraba la casa de citas donde Basilio, primo del respetado Eça de Queiroz, engatusó a la atolondrada *Luízinha* que andaba huida por los aleros, por lo cual quedó demostrado que hace un siglo en Arroios se desarrollaba un auténtico folletín de alcobas turbulentas que las crónicas se encargaron de registrar por escrito. Supongo que en aquella plaza de los niños los borrachos no estaban enterados de tanto libertinaje, roncando inocentemente a la sombra de las palmeras y de los gatos del tejado.

Pienso en ello con cierto pudor porque, a media distancia entre el alto imperio de los gatos y el paraíso de los eternos borrachos transcurrió mi infancia de ventana y soledad. Allí, en un atardecer, al ver en la plaza una multitud boquiabierta mirando el cielo, descubrí, posado en la torre de la iglesia, a un ángel de alas brillantes. Alas, no manto. Un manto abierto en toda la extensión de los brazos y de una blancura que cegaba. Era sólo luz y satén (ahora sé que también tenía sexo porque me acuerdo del contorno de los senos apuntando al infinito) y, allá en lo alto, parecía inmortal con la ciudad a sus pies. Mas, de repente, sonó un tambor. No se supo de dónde partía el anuncio del tambor. Un bando de palomas levantó vuelo enhiesto y el ángel, que además de brillante era funámbulo, abrió aún más el manto, las alas. Y con ellas extendi-

das avanzó un paso, avanzó hacia el vacío, hacia la nada, y —¡hop!—, bajó volando, bajó a la tierra deslizándose (sujetándose con los dientes) por una soga que partía de las alturas del Dios de la iglesia hasta la plaza del sueño de los borrachos.

Esa noche hubo circo en la verbera de aquel barrio, terrenos del *Largo do Leão*, y yo, en cama, al compás de la música del tióvivo, soñé con ángeles trapecistas volando sobre lenguas de fuego.



José Cardoso Pires, *Lisboa. Diario de a bordo*, trad. Xavier Rodríguez Baiberas, Alianza, Madrid, 1997, págs. 2.200 ptas.